

FRAY GREGORIO ARCILA ROBLEDO, O. F. M., *Idilios de Anacreonte*. Traducción directa del griego sin más ni menos ideas y versos que el original. Usaquén, Editorial San Juan Eudes, 1943, 97 págs.

Al reseñar esta original obra del P. Arcila, que con inexplicable retraso ha llegado a nuestras manos, nos parece que podemos concretar nuestra atenta consideración a tres puntos principales: 1º, la traducción misma del original griego con su introducción y notas finales; 2º, el criterio y fines con que el trabajo se ha realizado, y 3º, la labor editorial en que se ofrece el texto griego.

En cuanto a lo primero, e. d. la traducción, nos parece que el docto hijo de San Francisco ha estado notablemente acertado y ha superado sin duda a muchos otros traductores castellanos en prosa y en verso. Nos presenta un Anacreonte que no pierde nada de su dulzura y suavidad, tan celebradas por críticos de todas las épocas. El traductor demuestra dominio de la técnica; conoce la lengua que traduce y aquella a que traduce, el mundo antiguo y el moderno, y es capaz de sentir y crear como en su tiempo sintió y creó el poeta de Teos¹.

Con voz más autorizada que la nuestra se expresa así sobre la traducción que comentamos el doctísimo Padre chileno Raimundo Morales, en carta dirigida a nuestro traductor: "Pocos traductores he leído que tengan como Ud. una idea más cabal de lo que debe ser una traducción. Nadie podrá tildar a su Reverencia de *traduttore*. Más que estas dos cualidades de su pluma, yo admiro en ella algo que no puedo definir: su manera de versificar tiene una quisicosilla tan agradable, tan atrayente, tan simpática, que no hay más qué desear"².

En efecto, la escogencia de ritmos ligeros, romances asonantados y alguna vez estrofas sáficas, está admirablemente bien hecha para reproducir los yambos dímetros del original y para causar esa "quisicosilla tan agradable" de que habla el erudito crítico citado.

Viniendo al detalle, encontramos pequeñas obras maestras como el *Eros nocharniego*, tan imitado y refundido, o el *Cupido en la copa*³, o frases que son un feliz hallazgo poético, como cuando canta a la cigarra: "Tú de la tierra engendrada, | amante de la armonía, | exenta de penas, sabia, | sin fardo de carne y sangre, | casi a los dioses

¹ Tomamos estos conceptos, y podríamos tomar muchos más aplicándolos a nuestro caso, del interesante ensayo del Profesor Pedro Urbano González de la Calle, *Sobre la técnica de la traducción de autores clásicos*, recogido en el libro *Varia*, del mencionado Profesor, Madrid, 1916, págs. 303 y sigtes.

² Publicada en *Voz Franciscana*, Año XXIII, N° 245, abril de 1947, Bogotá, Col., pág. 127.

³ En la nota 24, pág. 90, hace notar el P. que este madrigal lo da Monfalcón como de Juliano Egipcio. Otro tanto hace Brunck, *Anacreontis carmina*, Leipzig, 1829, en cuya colección tampoco aparece la oda Εἰς χρῦσον que el traductor llama *Sátira contra el oro*.

iguales"; en que logró verter con asombroso éxito la sintética enumeración griega del original, especialmente aquel ἀνωμύσσοις de tan difícil concreción. Otro tanto diríamos del bello poemita *A la Primavera* y de otros varios en que surgen a cada paso extraordinarios aciertos en la expresión poética. Tal vez podrían anotarse pasajes en que fuera de desearse alguna mayor exactitud, o mayor vigor, o en que pudiera sustituirse alguna palabra⁴, pero preferimos pasar por alto tan insignificantes lunares en una obra que es, en su conjunto, de excepcional mérito artístico y en la que se han vencido arduas dificultades. Réstanos decir en este punto, que la introducción es, por su seria erudición y noble estilo, un modelo de críticas y un bien logrado esfuerzo de difusión de la cultura clásica.

Pasando a referirnos al criterio y fines que han orientado al docto helenista en la confección de su libro, hallamos tales cosas claramente expresadas en las siguientes palabras de la introducción: "Moviónos a trabajar esta traducción castellana haber echado de ver en nuestra clase de Historia de la Literatura, que si bien todos dicen maravillas de los méritos líricos del autor de los *Idilios*, estos en cambio son tan peregrinos como si no existieran en nuestra lengua, siendo así que tanto la técnica como el género literario de este preclaro hijo de Grecia son dignísimos de ser conocidos y divulgados, con mucho mayor razón en nuestra Patria, donde el buen gusto naufraga por momentos".

Se trata, pues, de un manual de divulgación para ser puesto en manos de estudiantes. De aquí también ciertos naturales escrúpulos y dificultades, nacidos de la índole misma del poeta vertido, cuyas alusiones al "amor griego" y cuyo redomado sensualismo, no son precisamente lo más educativo. El religioso sortea con tino tales escollos a lo que nos parece, aunque no es a nosotros a quienes toca dictar fallo en tan espinosa materia. Quisiéramos en cambio más abundantes notas explicativas del texto o comentarios críticos como el que hace en la nota 24, con referencias a otras literaturas, precisamente para mejor atender a la finalidad escolar. Acaso también que esas notas fueran al pie de página, en tipo distinto, como en tantos otros similares ma-

⁴ Por ej. refiriéndose a la palabra βαθυκόλπος de senos profundos, e. d. robustos, dice el traductor en nota, (pág. 86) que ha reemplazado "ese complemento por otra cualidad femenil, (de alba tez) ya que, por otra parte, el epíteto anacreóntico parece contradecir la historia de la pintura y escultura griega en sus ejemplares más clásicos, como la *Venus de Milo*". La razón para no traducir la palabra con su verdadero significado la entendemos claramente, pero no estamos de acuerdo en que el epíteto contradiga la historia de la pintura y escultura clásicas. Precisamente a modelos de perfección femenil como la *Venus de Milo*, sería a los que mejor cuadraría el calificativo, "de senos robustos, erectos", que es sin duda lo que el poeta quiso expresar, pues mal podría manifestar anhelo de danzar ante las aras de Baco con una doncella que no tuviera la plenitud de los atributos de la belleza de su sexo.

nuales. Decimos esto, porque sería una grata noticia para los amantes de las letras clásicas que se intentara alguna vez una segunda edición de estas versiones tan poco conocidas y tan merecedoras de amplia difusión.

Digamos ahora algo sobre la edición griega. Antes que todo debemos referirnos a la autenticidad misma del texto anacreóntico, aceptada sin discusión por el P. y combatida por comentaristas muy serios como L. Laurand, quien en su *Manual de los estudios griegos y latinos*, Madrid, 1920, pág. 150, afirma que las llamadas *Anacreónticas* son una "colección de 62 poemas diferentes, imitados de Anacreonte y debidos, a lo que se cree, a poetas de diversas épocas (del siglo III a. de J. C. al IV de la misma era)". No menos terminante es C. O. Müller en su monumental *Historia de la Literatura Griega*, (traducida de la 4ª edición alemana por Ricardo de Hinojosa, Buenos Aires, 1946, pág. 287) donde dice: "Está evidentemente demostrado desde hace mucho tiempo que estas anacreónticas no fueron obra del poeta cuyo nombre llevan", afirmación que luego comprueba con argumentos muy valederos tomados de la historia, del lenguaje y de la misma métrica.

No hemos podido tener a la vista la edición seguida por el P. que, según él mismo nos lo dice, es una copia de la que presenta J. B. Monfalcón en *Odes d'Anacréon* (París 1835) "donde da la ponderada edición crítica griega de Brunck, castigada después por mano de Boissonade". Y pues nuestro docto comentarista y traductor se ha atendido a la opinión de estos eruditos, que arranca del descubrimiento hecho por Stienne en 1554 de algunos poemas que él tomó como de Anacreonte, debemos limitarnos nosotros, con la salvedad que queda hecha, a juzgar lo que tenemos entre manos y hacernos solidarios, como ya lo hemos hecho en esta misma nota, con la dudosa tradición que designa al poeta de Teos como auténtico padre de estas dulces trovas.

De no haber podido consultar la edición de Boissonade nacen quizá algunas de las dificultades que nos ocurren en la inteligencia del texto. Hemos podido en cambio hacer el cotejo con la edición de Brunck y comprobar que la reproducción es buena en general. Las erratas más numerosas provienen del cambio del espíritu áspero (ῥ) por el suave (ρ) en lo cual anduvieron los impresores bastante descuidados. La sustitución de una letra en una palabra (πέρασθαι por πέτασθαι, p. 40; θοβερήν por φοβερήν, p. 74; ἔδω por ἔσω, p. 76, etc.) la unión errónea de dos palabras, (τίμοι por τί μοί, p. 44); las voces mal acentuadas, afean un tanto la edición y a veces hacen el texto ininteligible. Así, por ej. donde dice (p. 66, v. 7) Χῶπόσα φέρουσιν ὄλαι, no sabemos si se quiso dar la versión que según Brunck traen los manuscritos, ὄραι, o la que él prefiere, ὄλαι. Así también en el verso siguiente, Σὺ δε φίλια, donde no puede ser sino φίλιος, ya que se re-

fiere a τέτιξ (δ) y sería forzado reemplazar el sustantivo φίλία, amistad, por el adjetivo φίλιος, amigo. En la p. 72, v. 3, nos parece que el pasaje es ininteligible como está: Συνέταιρον δὲ μέλπειν. No sabemos cuál sea el texto de Boissonade, pero creemos que deba leerse como en Brunck: σὺν, ἑταίρα, δεῖ σε μέλπειν, "es preciso cantarte, amiga", o como en la Antología del P. Petisco (Matriti, 1829) que también hemos podido consultar: σὺν, ἑταῖρ' ἄεξε μολπήν, "amiga, ayuda mi canción".

Nos haríamos interminables si fuéramos a glosar todos los pasajes en que el texto ofrece dificultades o donde hemos creído advertir una errata, y sobre todo nos expondríamos a graves errores por no poder hacer referencia a la obra citada de Monfalcón, donde según el P. Arcila se ofrece un apéndice con los comentarios de 15 críticos anacreónticos. Quizá nos hemos alargado ya demasiado; pero consideramos como un deber nuestro llamar la atención sobre el valor de esta clase de esfuerzos, ciertamente bien escasos en nuestra patria. Y sea este el caso de mencionar, en homenaje a un humanista colombiano injustamente ignorado, al señor Leopoldo López Alvarez, quien tradujo todas las obras de Homero y Esquilo y las editó en sus textos originales en la ciudad de Pasto, lejos de todo recurso para tan extraordinario trabajo. Ahora el P. Arcila nos presenta una obra no menos digna de atención, si bien de mucho menores proporciones, ya que "lo contenido en el presente cuaderno monta a la suma de 18 odas con unos 285 yambos griegos romanceados en otros tantos versos vernáculos".

El P. Arcila es un desvelado trabajador en estas cuestiones humanísticas y merece bien de la Patria. Su obra alcanza ya considerables proporciones, como que llegan a 80 sus versiones del griego y a 53 las del latín. A más de Anacreonte, ha traducido todas las fábulas de Esopo, parábolas del Evangelio, San Gregorio Nacianceno, etc. publicadas muchas de ellas en *Voz Franciscana; Odas filosóficas de Horacio*, Bogotá, 1936, la égloga IV de Virgilio, poesías de Ovidio, Tibulo, Propercio y muchos más.

Continúe el ilustre hijo de San Francisco en esta meritísima labor, que está reclamando el apoyo oficial, ya que con ella, como él mismo lo dice, se estimula a la juventud colombiana, tan bien dotada pero con frecuencia tan mal encaminada por las cómodas sendas de la poesía modernista, con prescindencia de "los maestros clásicos, emperadores del pensamiento y de la forma artística".

R. T. Q.